

mas ahogando los sentimientos generosos, amontouando obstáculos insuperables sobre los amplios caminos de la razon humana, eclipsando el bello lustre de las artes y procurando borrar hasta las antiguas memorias del genio: he aquí un conjunto bien extraño, que recorre nuestra vista sorprendida, cuando le abre sus páginas la historia. ¿Cuál es el camino que debemos seguir nosotros para estudiarla con provecho y hacer servir esta experiencia á la perfeccion del individuo y al verdadero progreso de la sociedad? Estos diferentes objetos, que constituyen los pormenores del cuadro que hemos presentado, pueden y deben considerarse como efectos de otras tantas causas; y pues que todo ello viene del género humano, no puede dudarse que hai en él principios diversamente combinados, y elementos contradictorios capaces de producir tan diversos y contrarios efectos.

Analizando estos efectos con el fin de clasificarlos, pueden reducirse á cuatro géneros, que son las verdades, los errores, las virtudes y los vicios. Cada una de estas cosas, considerada como efecto, debe tener en el género humano una causa productora, y por tanto, una causa combinada, es decir, una causa en que tengan parte precisamente el entendimiento y la voluntad: porque ya se sabe que las verdades y los errores propagados, las virtudes y los vicios ejercidos, suponen constantemente un entendimiento que concibe y una voluntad que ejecuta.

Debiendo tener cada una de las cosas dichas una causa combinada que la produzca, claro es que la verdad cuenta de parte del entendimiento con las disposiciones necesarias para ser conocida, y de parte de la voluntad con fuertes estímulos para ser descubierta; que el error tiene á su vez medios productores en el entendimiento, y estímulos en la voluntad, y así respectivamente las virtudes y los vicios. Cuando el entendimiento se precipita ó se preocupa en sus juicios, cuando discurre sin orden y sin datos, ó prevalece en la voluntad el interes por ocultar la verdad sobre el amor á extenderla, vienen los errores como consecuencias precisas de un entendimiento extraviado ó una voluntad pervertida: cuando las pasiones prevalecen sobre el dictámen de la razon y la voz de la conciencia, el vicio se levanta sobre los restos de la virtud olvidada ó perseguida.

De estas observaciones tan sencillas resulta que, para apreciar el valor del testimonio humano, deben tenerse á la vista los principios diferentes que determinan el juicio, el discurso y la conducta de los hombres, como otros tantos

datos que fundan la certidumbre, apoyan la probabilidad ó excitan el desprecio absoluto de lo que suele afirmarse como verdadero. Este exámen se refiere: primero, á la naturaleza de los hechos; segundo, al modo con que se transmiten; tercero, al carácter de los testigos. Si el hecho es de aquellos que por su pequeñez y poca importancia no inspira interes ninguno, puede sospecharse con harto fundamento, que no fué bien examinado, y por tanto, que puede ser una impostura. Si este se transmite por la voz de gente inculta, preocupada, y tal que no preste la garantía suficiente; aun cuando sea de alguna importancia, no puede fijar nuestra certidumbre: si se propone finalmente por algunos que tengan un interes comun en persuadirle; aunque el hecho sea de importancia y los testigos despreocupados y cultos, no tiene derecho su testimonio á nuestra conviccion.

De cuanto llevamos expuesto resulta, que aquellos hechos que han pasado sin ser desmentidos por la voz de todas las generaciones, y que se afirman, digámoslo así, por el testimonio constante de toda la especie humana, deben producir una completa certidumbre; porque de ninguna manera pueden suponerse en la humanidad entera los inconvenientes varios que puede y suele hallar nuestra razon en el dicho de algunos hombres. En efecto, solo la verdad ha podido reunir en un punto esa multitud inmensa que anda constantemente dividida por las opiniones, los intereses, las pasiones, las virtudes y los vicios de toda la especie humana. Mas, ¿porqué medios podremos llegar á este grado de certidumbre sobre lo que afirman particularmente algunos hombres en sus discursos, en sus escritos ó en sus obras? He aquí lo que vamos á examinar desde luego.

CAPÍTULO CUARTO.

DEL TESTIMONIO DE LOS HOMBRES EN PARTICULAR.

Que deba fijar nuestra certidumbre la universal y constante afirmacion de toda la especie humana, es una verdad que fácilmente se concibe; pero, ¿llegarémolos al mismo resultado cuando lo que se afirma, no tiene mas apoyo que una porcion de testigos mas ó menos numerosa? He aquí una cuestion que ha llamado constantemente la atencion de los sabios, no porque sea muy difícil resolverla de un modo satisfactorio, sino por el sumo interes que ha tenido la filosofia materialista en destruir absolutamente la certidumbre

moral. "Pero esta se halla, dice el Cardenal de la Luzerne, en dos casos: primero, cuando una numerosa multitud atestigua un hecho de que ha sido testigo; segundo, cuando, aunque no sea una multitud de hombres quien atestigua el hecho, este grande número se halla suplido por la calidad del testimonio."

"Para convencernos de lo primero, basta reconocer que una porción mui numerosa de testigos excluye dos temores que podrian destruir la certidumbre, pues ni pueden ser inducidos en error, ni pretender inducir en él á los demas."

"En primer lugar, estamos seguros de que no han podido ser engañados acerca de la relacion de sus sentidos. Es moralmente imposible que una multitud numerosa de hombres á quienes no se halla escogido de propósito para fascinarles, esté compuesta enteramente de personas, cuyos sentidos se hallan mal organizados, ó que absolutamente hablando, carezcan de la inteligencia necesaria para juzgar de la realidad de un hecho que tienen á su vista. Esta clase de hombres son donde quiera tan raros, que se les debe mirar como unas excepciones, y se les puede contar absolutamente por nada. Es absurdo suponer que la multitud, cuyos sentidos y espíritus son sanos, en vez de rectificar el error en que hubieran podido caer algunos hombres mal organizados, se dejase persuadir de aquellos que habian visto, oído, tocado cosas que no existian, y que de esta manera un pequenísimo número impusiese la lei é imprimiese la persuacion á un número mui grande; los imbéciles á los hombres sensatos; unos hombres privados de sus sentidos á los que disfrutasen de ellos."

"En segundo lugar, estoi igualmente seguro de que una multitud de hombres, sobre todo si no se les ha escogido de intento, no han podido tratar unánimamente de engañarme. Para pretenderlo, seria necesario sostener una de dos cosas: ó que se hayan convenido en fraguar esta falsa relacion, ó que sin concierto ninguno se encuentren unánimes en su falsedad. Ahora bien, lo primero no puede sostenerse, porque una conspiracion semejante contra la verdad es impracticable. En efecto, seria presiso que concuriesen aquí simultáneamente várias cosas que son imposibles. En primer lugar, es imposible que en una reunion de hombres tan numerosa no se encuentren algunos honrados y amigos de la verdad; en segundo lugar, es imposible que tantos hombres lleguen á concertarse por un plan semejante; lo es así mismo, que entre ellos pudiera ser tramado con secreto semejante complot; lo es, que tal secre-

to no llegara á evaporarse en seguida, y que esa multitud numerosa, extendiendo el hecho por diversos lugares, se hallara constantemente fija en el fondo y en las circunstancias. Pero si es imposible suponer esta combinacion de muchos para engañar al público con una impostura; lo es mas todavía suponer la uniformidad absoluta en un grande número de falsas relaciones sin concierto: esto seria un efecto sin causa; lo que no se conoce en la naturaleza. Lo que obliga á los hombres á mentir, es alguna pasion ó algun interes; mas como las pasiones y los intereses varian hasta lo infinito, las imposturas no pueden ser uniformes. Cada mentiroso tiene su particular objeto, y el error que presenta, siempre es relativo á las miras personales que le hacen obrar. Cuando á pesar de la prodigiosa variedad de pasiones que agitan á los hombres, y de intereses que les dividen, veo yo un considerable número de individuos formar un mismo testimonio, concluyo de aquí dos cosas igualmente ciertas: primera, que hai en ellos un punto de reunion comun; segunda, que este punto de reunion es la verdad. La razon es evidente; porque la verdad es una, y lo es por su naturaleza, puesto que no tiene mas que un solo principio; y al contrario, los errores son necesariamente múltiples, porque tienen una multitud de causas. Así pues, suponiendo en una multitud numerosa proyectos de mentir, no podrá resultar una misma mentira."

"He aquí una primera verdad constante: cuando por una multitud numerosa se refiere un hecho, esto forma ya una certidumbre moral por la doble imposibilidad que hai de que esta multitud sea engañada ó quiera engañar sobre este punto; pero tambien es posible adquirir la misma certidumbre, aun cuando no halla una cantidad tan considerable de testigos. El conocimiento que se tiene ya de estos, ya de su testimonio, puede dar una certeza igual del hecho atestiguado; mas para esto es necesario que la cualidad de los testigos supla su cantidad; lo cual puede suceder, y sucede en efecto, cuando se sabe que reúne las condiciones siguientes: primera, que haya un número competente de testigos, pues uno solo, dos ó tres, podrian engañarse ó ponerse de acuerdo para engañar; segunda, que el testimonio sea sobre un hecho simple ó palpable; tercera, que los testigos conozcan el hecho, no por relaciones extrañas, sino por sí mismos y por el testimonio de sus propios sentidos; cuarta, que estos testigos hayan podido ver, oír ó tocar el hecho que refieren; quinta, que tengan una mediana porcion de inteligencia, para que no se les haga creer que han visto lo que

no hayan visto; sexta, que todo manifieste que son hombres honrados y de probidad, sin vicio conocido que haga sospechar de su veracidad; séptima, que no tengan interés personal de fortuna, de gloria ó de otro género, para referir el hecho; octava, que su relacion se haga en un tiempo y en lugares cercanos al hecho, y acompañada de circunstancias, de suerte que se pueda examinar fácilmente en el momento en que se produce; novena, que sus deposiciones sean constantes sin variaciones, y uniformes sin contradicciones; finalmente, que su narracion no sea contrariada en el tiempo en que la hacen, ó no lo sea mas que por frívolas dificultades."

"De estas diez condiciones, las cinco primeras garantizan del error al testimonio; las cinco últimas afirman su veracidad; y desde que estamos seguros de estos dos puntos, lo estamos, por una consecuencia necesaria, de la verdad del hecho que afirman: ellos no se han engañado, luego han tenido la certidumbre; no nos han engañado, luego nos la han trasmitido."¹

Las observaciones que acaban de verse, bastan sin duda para calificar el testimonio simultáneo de muchos testigos oculares: mas el dicho de los testigos oculares nunca puede bastar al objeto del criterio moral; porque estando reducido á los hechos que coexisten con nosotros, seria por sí solo enteramente inútil para instruir á las edades futuras acerca de la existencia de los hechos pasados. ¿Cómo, pues, hacer provechosa y útil á la posteridad mas lejana la ciencia propia que los hombres adquieren sobre los hechos que pasan á su vista, supuesta la limitacion de la existencia humana? Buscando un recurso que salve del sepulcro los pensamientos de los muertos, y haga caminar sus noticias al través de los siglos para documento y enseñanza de las generaciones venideras. Esta necesidad tan imperiosa se halla tan íntimamente unida con todos los instintos, facultades y propensiones humanas, que ha debido sentirse, sin duda alguna, desde la infancia misma del género humano. He aquí porqué desde los primeros tiempos de la sociedad el hombre ha buscado recursos á su pensamiento; y sea por esas misteriosas simpatías que tiene sobre nosotros el porvenir, ó bien porque hai cierto particular placer en que se trasladen á remotas épocas las noticias de los acontecimientos, de las ideas, de los usos y costumbres que han figurado en la nuestra, el hecho es que no pue-

¹ Dissertat. II sur la religion.

de citarse un pueblo solo, aun subiendo hasta la antigüedad mas remota, donde no se haya procurado unir con vínculos insolubles lo pasado, lo presente y lo futuro.

A fin de conseguir un objeto tan importante, se han servido siempre los hombres de tres medios, por otra parte muy naturales: el primero de ellos ha sido transmitirse verbalmente las primeras noticias unas generaciones á otras; el segundo, consignar por escrito el testimonio de lo que se ha visto ó averiguado con entera certidumbre; el tercero, por último, construir algunas obras adecuadas para perpetuar la memoria de algunos sucesos ilustres. El primero de estos medios se conoce con el nombre de *tradicion*; llamamos *historia* al segundo, y *monumentos* á las terceras. Las reglas fundamentales y comunes que podian darse sobre estos tres medios, se hallan suficientemente indicadas en la doctrina que precede: resta pues únicamente manifestar las observaciones particulares que deben hacerse á propósito de cada uno.

§ I.

DE LA TRADICION.

La tradicion es una cadena no interrumpida de testimonios que por toda la duracion de los siglos se van dando las generaciones unas á otras de los hechos que se transmiten. Algunos han creído que la tradicion es un conducto muy falible para saber con certidumbre lo que ha pasado en tiempos lejanos: entienden que la verdad de los hechos debe ir sufriendo alteraciones mas ó ménos notables, ya porque no es fácil suponerse una perfecta identidad y exactitud en los términos con que se refieren los hechos, ya por la natural inclinacion que hai á modificar las noticias, ya finalmente, por las preocupaciones diversas que tanto influyen así en el juicio de los individuos, como en el sentido común de las naciones.

Y no faltan motivos que impulsen á esta clase de escépticos, ni especiosas analogías que den importancia á sus sofismas. Apenas hai un pueblo cuyo vulgo no admita y circule con todo el aire de la conviccion mil especies ridículas, cuentos fabulosos y tradiciones quiméricas. Sin salir de los sucesos contemporáneos, nos sorprendemos á cada paso con las alteraciones notables con que llegan á nosotros las noticias de los acontecimientos. Con harta frecuencia vemos acreditada de falsedad una especie que habia adqui-

ruido mucha boga. De esos accidentes tan comunes se forma un argumento contra la tradicion general, y un argumento de aquellos graduales en cuyo favor se cree que milita la mayoría de razon; pues cuando á los contemporáneos mismos de los hechos que se refieren, sorprende á cada instante la impostura, parece que el peligro es mayor, y mayor la facilidad de engañar cuando se trata de aquellos hechos que han pasado muchos siglos ántes de nosotros.

Sin embargo, estas y otras reflexiones que pudieran hacerse, ni alteran las ideas que deben tenerse de la tradicion, ni son capaces de menoscabar la certidumbre que ella engendra en el alma, siempre que ha pasado inmune por el crisol de una buena crítica. La tradicion, lo mismo que todo medio probatorio, se apoya en principios infalibles, cuenta con reglas seguras y se facilita á las mas importantes aplicaciones. Veamos pues los requisitos que ha de tener la tradicion, y concluyamos que por ella se adquiere una perfecta certidumbre de los hechos pasados.

Hablando de las reglas, lo primero que ocurre se refiere á los hechos; pues estos, atendida su naturaleza, son susceptibles de mas ó menos alteracion. Un acontecimiento insignificante puede ser glosado y aun fingido impunemente por uno ó muchos impostores; pues como no afecta á los intereses públicos ni arrastra la curiosidad de los sabios, se oyen referir con indiferencia, y por lo mismo, ni se les da crédito alguno, ni se combaten con calor y publicidad. Si el hecho es de esta clase, la tradicion es mui falible, y por tanto no puede producir la certidumbre. La primera circunstancia, pues, que debe tener una buena tradicion, es que los hechos transmitidos tengan cierta magnitud é importancia capaces de excitar el interes público y privado.

Una tradicion puede mui bien hacernos retroceder por la serie de algunos siglos; pero sin conducirnos precisamente á las épocas precisas en que se verificaron los sucesos. En este caso la tradicion tiene un origen bastardo y sospechoso, siendo por lo mismo incapaz de producir en nosotros la certidumbre. De aquí resulta, que esta cadena de testimonios, que constituye la tradicion, ha de ser íntegra y continua, es decir, ha de llegar hasta los testigos oculares, y no se ha de cortar en ningun tiempo.

Para que haya tradicion, basta que haya una serie de individuos sucesivos que de uno á uno se hayan ido transmitiendo tal ó cual acontecimiento; pero una serie de esta clase vale tanto como la afirmacion de un solo testigo, puesto que, subiendo por ella hasta el tiempo del suceso, hallamos

el primer eslabon de esta cadena en el dicho singular de un solo testigo; y como el dicho de un solo testigo no produce la certidumbre, tampoco puede engendrarla una linea tradicional. Resulta de aquí, que la tradicion, para producir sus efectos, debe representar á muchos testigos oculares, esto es, que la noticia del hecho ha de venir hasta nosotros por varias y diversas líneas tradicionales.

Finalmente, los testigos pueden tener un interes comun en afirmar una falsedad, y por lo mismo la tradicion debe ser tal, que excluya todo recelo, y esto se consigue aplicando á los testigos tradicionales, en la parte que les concierne, las pruebas diversas de que ya hicimos mencion al tratar de los testigos oculares.

Tales son las principales reglas que pueden establecerse, para asegurar nuestro juicio sobre los objetos diferentes de la tradicion: resta solo manifestar, que cuando esta se halla revestida de todos los requisitos que acabamos de enumerar, produce la mas plena certidumbre en el espíritu.

Para convencernos de esta verdad, nos basta reflexionar que ni el hecho tiene en sí mismo riesgo de ser alterado, ni los testigos tampoco poder ninguno de alterarle en la serie de los siglos siguientes.

Un hecho tiene en sí mismo recursos para favorecer la mala fe y la impostura de los testigos, cuando ha sido mui privado, cuando es de poca entidad y cuando no afecta mas intereses que los de algunas personas privadas. Mas como ninguna de estas condiciones ha de tener el hecho de que se trata en una tradicion legítima, claro es que por su naturaleza no presenta esos caracteres de falibilidad que tanta desconfianza inspiran respecto de los acontecimientos oscuros y privados. Los grandes hechos que todas las sociedades mas ó menos cultas deben á sus tradiciones, son siempre de una estatura y eminencia colosales, afectan de ordinario á los intereses mas caros de las naciones, y han pasado por el crisol difícil de las contradicciones y de los partidos. No son tampoco semejantes á esas olas enfurecidas que hacen estremecer por el momento al espectador del Océano, para desvanecerse luego y confundirse del todo hácia las márgenes inmóviles de la playa: no, estos hechos parece que mantienen por muchos siglos á las respectivas naciones en cierta especie de agitacion secreta; y se ligan y encadenan de tal suerte con las costumbres, los usos, las leyes, las vicisitudes de la sociedad y las revoluciones políticas y filosóficas, que no tiene poder ninguno contra ellos, ni es capaz de menoscabar su derecho á los recuerdos futu-

ros la carrera desoladora del tiempo. ¿Qué resulta de aquí que semejantes hechos viven siempre, porque siempre interesan; é interesan siempre, porque nunca dejan de influir mas ó ménos en el carácter y en la suerte de la sociedad, y porque se radican de tal modo en los sentimientos del hombre, que parece imposible resistir á la tentacion dulcísima de referirlos y encarecerlos. Los padres hallan cierto placer en rodearse de su familia para referirle las cosas de su tiempo; y estas narraciones fieles de los faustos ó adversos acontecimientos que han agitado en otros tiempos á cada sociedad, son las primeras lecciones de política, los primeros documentos de historia, los primeros estímulos de patriotismo y las primeras chispas de espíritu público, que la ancianidad venerable deposita en el pecho de la nueva generacion que ha de sobrevivirle: son, en suma, el grande, importantísimo legado de antiguas experiencias, la tradicion sucesiva de un rico patrimonio atesorado en el prodigioso curso de muchos siglos.

¿Qué peligros pueden suponerse cuando se trata de tan señalados y esclarecidos hechos? Ninguno: no el olvido, porque es imposible olvidar lo que ha producido fuertes y terribles sacudimientos en las naciones: no la indiferencia, porque es imposible menospreciar lo que á todos importa y afecta mas ó ménos los intereses públicos: no las suposiciones fabulosas de un vulgo preocupado, porque si este finge á su placer ridículas quimeras y consejos caprichosas, para entretener su necedad; el sabio vela en torno de las memorias antiguas, y la severa y zelosa crítica tiene levantado delante de ella el valladar inamovible que separa lo verdadero de lo falso, y repele noblemente las tentativas diversas de la preocupacion y de la impostura.

Pero qué, ¡los mismos que transmiten estas memorias no tendrán pasiones que cebar en la credulidad futura, y recursos para corromper las noticias y alterar considerablemente las tradiciones? No por cierto, y este es el segundo extremo que nos resta probar.

Tres cosas pudieran facilitar á los impostores un recurso para seducir la conviccion de sus contemporáneos: primera, una rotura tal en la cadena de la tradicion, que pudieran algunos, á tiempo de revivirla, desnaturalizarla del todo ó corromperla por lo ménos: segunda, una exclusion tan absoluta de recursos para desengañarse, que la generacion posterior se viera en el caso de creerlo todo ó de negarlo todo: tercera, el particular interes de los testigos tradicionales en referir las cosas conforme á sus miras. Veamos

ahora cómo ninguno de estos supuestos cabe en una tradicion legítima.

El primer medio de corromper la tradicion se opone al segundo requisito que ha de tener ella. Hemos dicho que la tradicion debe ser total y continua: bajo el primer aspecto debe tener por punto de partida la deposicion unánime de los testigos oculares; bajo el segundo, no debe haber en toda ella una sola interrupcion. Queda pues demostrado que la tradicion legítima no da lugar al primer recurso, pues no hai en toda ella rotura ninguna capaz de favorecer los designios de uno ó muchos impostores.

Si una generacion hubiera de morir totalmente ántes que la nueva tuviera el uso de su razon expedito, podria darse el caso de que alguno fraguase un hecho para enganar á los otros; pero no es esto lo que sucede, como todo el mundo sabe. “La sucesion de las edades, dice Bergier, es imperceptible, y jamas llega á interrumpirse el hilo de las generaciones. Pasamos nuestros últimos años con los jóvenes que han de componer la edad que debe seguirnos, y hemos pasado los primeros de nuestra vida con los ancianos del siglo precedente. De estos últimos hemos recibido la tradicion de lo que vieron en su tiempo, tradicion que á nuestro turno trasmitimos nosotros á los primeros. ¿Un hombre de cincuenta años es dueño por ventura de formar con los de su tiempo el complot de seducir con una impostura en materia grave á los jóvenes de veinte? Y cuando este concierto fuera posible, ¿seria bastante á producir algun efecto? Los últimos, en este caso, se apresurarian á responder: “nosotros hemos vivido ya veinte años con otros “mas viejos que vosotros, los cuales debiendo estar igualmente instruidos en los hechos públicos é interesantes que “nos referís, nada nos dijeron; y á mayor abundamiento, el “mismo presente estado de las cosas depone contra vuestra “narracion.”¹

En efecto, el modo con que se suceden unas á otras las generaciones, imposibilitaria siempre una impostura semejante, porque esta no hallaria coyuntura para acomodarse en ninguna época del tiempo. Para sentir mejor la fuerza de esta prueba, hagamos la demostracion mas palpable: supongamos una tradicion cualquiera. Ella nos presenta una serie de generaciones: la primera de estas se compone de los testigos oculares y contemporáneos al hecho; la última, de

¹ Traité de la vraie Religion, tom. 3.^o Dissert. sur différentes espèces de certitude, art. 3.^o, § VI.

nosotros los que actualmente vivimos. Ahora bien: la segunda generacion vivia con la primera y con la tercera: no podia pues engañar á esta, porque subsistian los restos de la primera, para desmentirla. La tercera vivia con la segunda y la cuarta: esta con la quinta y la tercera, y así todas las demas: y ya se está viendo cómo, eslabonadas de esta suerte las generaciones unas con otras, en la trasmision de un hecho público é interesante, no tiene lugar el segundo supuesto, es decir, el de una exclusion absoluta de recursos, que coloque á la generacion nueva en la dura pero inevitable alternativa de creerlo todo, ó de negarlo todo.

Finalmente, una colusion bien combinada para persuadir una impostura, supone una identidad perfecta de miras, intereses y pasiones; identidad que excluye por su naturaleza misma la tradicion de que se trata. La cuarta regla que dimos, establece que el hecho ha de llegar á nosotros por distintas y diversas líneas tradicionales: cada línea representa un testigo, cada testigo tiene sus pasiones propias y su carácter singular. Si pues el hecho se nos trasmite por líneas distintas, se nos asegura por muchos testigos: si por líneas diversas, se nos asegura por testigos que, divididos entre sí en opiniones, tendencias, intereses y pasiones, solo han podido uniformarse por el ascendiente irresistible de la verdad. Resulta de aquí que una tradicion propiamente dicha cierra la tercera puerta que pudiera abrirse á la impostura, pues no da lugar á que el particular interes de varios testigos se combine, con el objeto de persuadir una falsedad.

“Desafiamos á los escépticos, dice el autor citado, á que nos asignen en toda la duracion de los siglos y en alguna parte del mundo conocido, un hecho importante, capaz de producir una revolucion y establecer un nuevo orden de cosas, cuya creencia se haya establecido sin fundamento alguno. Toda tradicion fabulosa presenta necesariamente muchos caracteres de falsedad, y de ordinario los reúne todos: refiere por lo regular un hecho oscuro de que nadie ha sido testigo, ó un hecho sin consecuencia, el cual no puede producir ningun efecto sensible; ó no se remonta hasta la fecha y testigos oculares del hecho; ó se contradice acerca de las circunstancias esenciales; ó está encerrada en un espacio mui estrecho y entre un corto número de personas. Mas cuando una tradicion está revestida de todos los caracteres contrarios, es tan cierta, tan infalible, como el testimonio mismo de los testigos oculares ó contemporáneos.”¹

¹ BERGLIER. *Ibid.*

§ II.

DE LA HISTORIA.

Por mui fecunda que sea la tradicion, ella no puede comprender sino cierto número de instrucciones y noticias. Ya se ha visto que no podemos fiarnos en ella, sino cuando nos trasmite ciertos hechos de la mas grande importancia y de extraordinaria magnitud: hechos que componen un reducidísimo número, si se compara con ese imponente conjunto de noticias que comprende todos los sucesos y hasta los últimos pormenores de cada uno: noticias por otra parte necesarias, no solamente para apreciar mejor la importancia de los hechos principales, sino para descubrir su enlace, considerarlos bajo todos sus aspectos, y sacar toda la utilidad posible del aprendizaje que hace la posteridad en la escuela sabia de la experiencia antigua. He aquí los títulos de admiracion, y la excelencia suma de la historia, que consignando por escrito lo que en cada edad acontece, nos trasmite y trasmite á nuestros descendientes el cuadro general y completo de todas las cosas que han pasado en otras épocas, y el juicio que hemos de formar sobre la conducta de los hombres y de los pueblos, en las muchas y diferentes vicisitudes de la sociedad humana. No sé cómo la historia ha tenido tantos detractores, cómo han podido resolverse los filósofos á despojarla de sus derechos á nuestra conviccion, y á figurarse y querer persuadir á los otros, que no es capaz ella de fijar nuestras ideas y producir la certidumbre. Quitar de enmedio la historia y privarla de su crédito y reputacion, es una misma cosa en cuanto á sus efectos; porque tanto vale que la historia no exista, como persuadirse que no es capaz ella de producir la certidumbre sobre los sucesos que refiere. Y puesto que la noticia de tales sucesos es precisamente lo que forma esa vida antigua de la sociedad, aspirar á destruir la autoridad irrecusable de la historia, es lo mismo que pretender mantener al género humano en una infancia perpetua. El solo conocimiento que tenemos de la sociedad y sus fines, nos bastaria para concluir con toda seguridad, que existen medios infalibles para reconocer la verdad histórica, y adquirir la mas plena certidumbre sobre los hechos que en ella se contienen. No puede negarse que en todos tiempos han existido escritores ineptos ó malvados, que ó no han sabido descubrir

la verdad, ó se han empeñado en ocultarla substituyéndola con errores de hecho, á propósito para favorecer sus miras. Los abusos son tan antiguos como el hombre, y no puede asignarse por lo mismo una época sola en que no se haya pervertido la inteligencia, y hecho servir las mas preciosas facultades del espíritu á la impostura y al error. Pero tambien es cierto que Dios ha revestido siempre la verdad de caracteres tan espléndidos, que si ella tiene sobre sí á veces algunas tinieblas, conserva siempre gran parte de su luz, la cual es mas que suficiente para disipar las sombras y hacer aparecer á la verdad en su magestad y hermosura. Hablando pues de la historia, léjos de combatirla con la exposicion de sus abusos, debe afirmarse con la manifestacion explícita de todos los caracteres que consagran su autoridad en el respeto de los sabios. Siguiendo pues este orden de ideas, expondremos aquellos caracteres, que bien clasificados, pueden reducirse á tres, conviene á saber: la autenticidad, la verdad y la integridad histórica: pues llegando á persuadirnos que la historia de que se trate es realmente del autor que la suscribe; que éste dijo la verdad, y la dijo en cuanto ella contiene; podemos estar seguros de la realidad de los sucesos, y adquirir una certidumbre plena de la verdad histórica.

Para persuadirnos plenamente de la autenticidad de una historia, se requieren y bastan tres condiciones: primera, que la historia sea conforme á las costumbres, institutos y opiniones del tiempo á que se refiere; segunda, que corresponda al carácter ó ingenio del autor á quien se atribuye; tercera, que haya sido citada por los escritores del tiempo, como produccion genuina del escritor que la suscribe. Hemos dicho que se requieren y que bastan: se requieren, pues aunque bastaria la conformidad de la historia con la época y el autor, no seria remoto que algun escritor moderno lograse dar este colorido de antigüedad á un escrito apócrifo. Mas cuando nos explicamos en estos términos, no excluimos otros medios de convencerse de la autenticidad de una historia, por solo el concurso de la uniformidad referida, en el remoto caso de que el autor no haya sido citado en alguno de los escritos de su época; sino que tratamos de poner el criterio en toda su plenitud, reuniendo los medios que pueden conducirnos al mas alto grado de certidumbre sobre la autenticidad de una historia. En efecto, cuando concurren los tres requisitos indicados, no puede haber lugar á la menor duda, puesto que por una parte se reunen todas las analogias, se identifican el autor y su obra por las rela-

ciones de tiempo, de lugar, de caracteres y costumbres, de ideas y de estilo, y por otro se le ve reconocido como verdadero autor de la obra por los escritores de su tiempo y en presencia de sus contemporáneos, que son otros tantos testigos ya oculares, ya mui inmediatos, y por lo mismo, competentes é irrecusables de la autenticidad de la historia.

Oigamos á este propósito á un autor del pasado siglo, que con tanta elocuencia como lógica demuestra la imposibilidad de tener como apócrifa una historia caracterizada con todas las circunstancias referidas. "¿Cómo sospechar, dice, que un libro ha sido supuesto, cuando le vemos citado por escritores antiguos, fundado sobre una cadena no interrumpida de testigos conformes entre sí, sobre todo, si esta cadena comienza en el tiempo en que se dice que el libro se escribió, y no acaba sino hasta nosotros? Y aun cuando no hubiese obras que citasen esta como produccion de tal autor, me bastaria para reconocer su autenticidad, que hubiese llegado hasta mí como obra auténtica por una tradicion oral sostenida sin interrupcion desde su época hasta mi tiempo por muchas líneas colaterales. Hai por otra parte obras que interesan á muchos reinos, á naciones enteras, al mundo todo; y que por esto mismo no podrian ser supuestas. Unas contienen los anales de la nacion y sus títulos, otras sus leyes y sus costumbres, algunas su religion. Mientras mas se acuse de superticiosos á los hombres en general; mas debe confesarse que tienen siempre los ojos abiertos sobre lo que pertenece á su religion. Es imposible que todo un pueblo ignore la época de un libro que arregla su creencia y fija todas sus esperanzas."¹

Pero no basta que una historia sea auténtica; es necesario que refiera la verdad. ¿Cómo asegurarnos sobre este punto? Examinando escrupulosamente el carácter del autor, sus aptitudes, sus tendencias, su época y otras circunstancias diversas cuyo exámen nos convenza de que el historiador pudo saber la verdad, quiso decirla, y no habria podido difrazarla; exámen que muchos tendrán por imposible y aventurado, pero que cuenta en su apoyo con medios fáciles y reglas seguras.

Un historiador puede no decir la verdad en sus escritos, ó por falta de critica ó por falta de parcialidad. Si demostramos pues que en cualquiera historia dada tenemos medios fáciles y seguros para conocer si faltaron ó no al autor

¹ GERARD. Essai sur les vrais principes. Liv. I, chap. 7, sect. 3, § III, n. 6. °

todas ó algunas de estas cosas, claro es que podemos, sin dificultad ninguna, descubrir la veracidad ó mala fe del autor, y la verdad ó falsedad de sus noticias.

Para convencerse de que nunca faltan los datos á un historiador, basta recordar que todos los sucesos que son objeto de la historia, sea cual fuere su importancia relativa, tienen siempre la suficiente publicidad y excitan el necesario interes para llamar la atención del pueblo. Ya se trate del resultado feliz ó desgraciado de un combate, ya del nacimiento, progresos y consecuencias de una revolucion, ya del origen político de una sociedad, ó bien se repase la vida de esos hombres célebres, que han excitado el entusiasmo, la admiración, la gratitud ó el odio de los pueblos; en cualquiera de estos ú otros casos semejantes es imposible que resienta un historiador la triste consecuencia de la ignorancia general ó del olvido absoluto de los grandes acontecimientos y de las vidas ilustres de tantos hombres, cuya fama les ha hechos célebres y cuya celebridad misma les ha hecho entrar en el vasto campo de la historia. Si se trata de sucesos contemporáneos, el historiador vive con los testigos oculares, y cuenta por lo mismo con recursos innumerables: si se habla de hechos pasados, cuenta con las memorias tradicionales, y de todos modos con cuantos datos son necesarios para conocer la existencia de los hechos que intenta referir. Si hai alguna dificultad aquí, nacerá sin duda, no de la falta de datos, sino mas bien del discernimiento que se necesita para estimarlos con exactitud y computarlos con acierto: mas afortunadamente el historiador tiene reglas para discernir y calificar los hechos, y la posteridad criterio para juzgar al historiador.

Si este no se dejó llevar de rumores inciertos, sino de relaciones fidedignas; si consultó por una parte á la tradicion constante, y por otra á los monumentos ciertos; si en el estilo mismo, donde se revelan el carácter y las ideas del escritor, no se advierte ni la excesiva credulidad, ni la influencia de las preocupaciones, ni las tendencias propias de un espíritu sistemático; y si por otra parte se ha visto pasar su historia sin contradicciones notables; puede sostenerse, con seguridad absoluta, que el autor es veraz y la historia es verdadera.

Esta investigacion seria difícil y casi imposible, si los hechos comprendidos en la historia no hubiesen tenido ni mas testigo ni mas conducto que su autor; pero sucede de otra suerte: ningún historiador puede reputarse por único testigo: sus noticias no estriban en un testimonio privado: habla

entre sus contemporáneos, habla con su siglo, habla con la posteridad. Tiene delante de sí un numeroso caudal de noticias, muchas y diferentes tradiciones, el teatro animado de los acontecimientos de su época. ¿Cómo escribiría este sin ser desmentido cuando pretendiese sustituir sus invenciones á los hechos, y mentirse á sí propio, y fascinar todas las miradas de sus contemporáneos fijas en los hechos, y perturbar y desordenar sus mentes atentas á las tradiciones antiguas? Si los objetos que pertenecen á la historia son siempre tan espectables y accesibles, si tocan por diferentes puntos al interes privado y á la conveniencia social, si circulan no solamente entre el pueblo ínfimo, sino entre las clases elevadas, si el que los narra se halla por lo comun entre sabios eruditos y críticos severos, y casi nunca deja de hacer despertar el orgullo del talento, ¿cómo explicar este silencio universal, con que hayan llegado hasta nosotros las noticias que comunica á la posteridad en la historia que hubiese escrito? ¿Cómo explicarlo, decimos, cuando los mismos que han tomado la pluma, á tiempo que ciñen la espada, ni con la gloria de sus conquistas, ni con el poder y la fuerza de que han dispuesto como árbitros, ni con el prestigio de sus raros talentos, han podido usurpar á su siglo y á los futuros el derecho de calificar la justicia de su conducta y la veracidad de sus noticias? Quien haya leído los *Comentarios* de César, los libros de Jenofonte y los escritos de Napoleón, fácilmente se convencerá de que no hai recurso contra el poder de la critica. De todo lo expuesto resulta, que abundan los medios para saber si el autor de que se trate ha puesto en ejercicio la prudente severidad de un estrecho raciocinio al escoger sus noticias; si ha sido zeloso de la verdad, y si la ha dicho en efecto.

Lo que acabamos de exponer acerca de la veracidad del autor, es aplicable á la debida calificación de su imparcialidad, y por tanto es excusado hacer una demostracion aparte sobre este punto. Digamos pues, para concluir, una palabra sobre los medios que tenemos para asegurarnos de que una historia cuenta igualmente con lo que se llama integridad.

Algunos filósofos han creído tan difícil esta investigacion, que no dudan afirmar que debe rehusarse el total asenso á una historia cualquiera, por las alteraciones notables que ha debido sufrir en el dilatado curso de los siglos. Mas hai una regla para cerciorarse sobre este punto, y es el hacer un exacto y prolijo cotejo de los manuscritos diferentes en que se hallan contenidas las historias ó sus copias: porque, si á pesar de algunos levisimos puntos de discrepancia, se advierte una con-

formidad absoluta en lo que puede llamarse sustancial, debe convenirse desde luego en que los libros históricos han llegado hasta nosotros sin ninguna alteracion considerable. Sin embargo, el escepticismo filosófico, tan deferente á sus paralogismos y errores, como rebelde contra el poder de los hechos, que son el fundamento de la religion y la sociedad, nunca deja de clamar que las variantes de los manuscritos son una prueba de que los antiguos autores han sido alterados, y por lo mismo, concluye que su narracion no puede fijar nuestra certidumbre. ¿Qué responder á esto? Oigamos á Bergier.

“Los que hacen esta objeccion, convendrán sin duda en que la multitud de variantes del texto de un autor viene de su antigüedad y de la multitud de copias que de él se han hecho. La fuente del mal suministra su remedio; pues comparando los manuscritos, es claro que en todo lo que siempre convienen, se tiene seguridad de poseer el texto mismo del autor. Se debe racionar sobre este punto como sobre un hecho referido por un gran número de testigos que varian en algunas circunstancias: estas son dudosas desde luego; pero el hecho en que convienen permanece incontestable. El gran número de variantes en los *Comentarios de César* no puede autorizar á ningún crítico para dudar del fondo mismo de la historia: estas alteraciones ligeras jamas atacan la sustancia de los hechos principales. No se puede citar ejemplo de un libro histórico que, copiado mil veces en diferentes tiempos y en diferentes lugares, haya sido alterado hasta el punto de no poder reconocerse los principales acontecimientos que constituyen su objeto.”

“Se ha dirigido hasta el escrúpulo la atencion al examinar á los antiguos autores; la crítica se ha agotado en notas, en la comparacion de textos, y frecuentemente en conjeturas. Si este trabajo útil ha servido para descubrir alteraciones, si ha quitado á algunos impostores la máscara con que estaban cubiertos; no ha contribuido ménos á restablecer el verdadero sentido de los autores desfigurados, y á confirmar el crédito de que gozan al cabo de tantos siglos. Y si es del todo imposible suponer impunemente una historia ó un libro que interese á naciones enteras, que ha debido pasar por las manos de todo el mundo, y del cual han copiado una infinidad de pasajes los escritores de todos los tiempos; no lo es ménos alterarle en las cosas importantes, engañar la sagacidad de todos los críticos, atentos á revelar hasta los menores deslices de los escritores y de los copistas.”¹

¹ Traité de la vraie religion. Dissert. sur la certitude. Art. III, § VIII.

§ III.

DE LOS MONUMENTOS.

Entre todos los acontecimientos que lleva de siglo en siglo la tradicion oral y constituyen el objeto de la historia, hai unos de tal magnitud, que despiertan fuertemente en el ánimo de los pueblos un sentimiento comun, activo y poderoso, que les determina á perpetuarlos, no solamente por las palabras y los escritos, sino por otra clase de recuerdos. Volviendo nuestra vista desde la época presente hasta los primitivos tiempos de la sociedad humana, encontramos en todos los pueblos, á mas de sus tradiciones y de sus fastos, algunas cosas que se conservan como símbolos de la admiracion ó de la gratitud que han sabido grangearse algunos hombres con los heróicos hechos de su vida. Estas memorias llevan el nombre de *monumentos*, y estos monumentos son de diversas clases; pues ó bien consisten en algunos objetos materiales proporcionados al recuerdo de tales ó cuales hechos, ó en ciertos renombres singulares con que se designan algunos lugares ó algunas familias, ó en esas grandes mutaciones que ciertos acontecimientos producen en el espíritu de los pueblos.

En las épocas primitivas en que la materia no habia recibido aun esas modificaciones bellas que despues empezaron á comunicarle la imaginacion y el discurso, los monumentos presentaban el aspecto deforme consiguiente á la falta de cultura y civilizacion: un monton de piedras brutas, un árbol corpulento, alguna fiesta establecida, una cancion popular, un apellido nuevo, y otras cosas semejantes; he aquí los primeros recursos de que se sirvió probablemente la sociedad para explicar su entusiasmo, mostrar su admiracion y desahogar su reconocimiento. Mas al paso que la razon adelantaba en cultura y las necesidades progresivas fecundaban la imaginacion y el discurso, los monumentos, estos testigos mudos pero elocuentes que habian de hacer visibles á la posteridad, ó lo reverses ilustres, ó los acontecimientos grandes de otras épocas, dejaron ya su tosquedad antigua y empezaron á ostentar, en la hermosura y elegancia de las formas, los progresos graduales de la civilizacion, el pulimento del discurso y las invenciones del genio. El mármol, el pórfido, el granito &c., empezaron á salir de las entrañas de la tierra para embellecer las ciudades, sirviendo á los templos de los dioses y á los palacios de los gran-

des. Ya desde entónces los acontecimientos nacionales fueron recordados á la vista con otra clase de monumentos, si no mas sinceros, inconcusamente mas dignos. Las artes, no contentas al parecer, con disputar á la naturaleza los tributos que se ofrecen á la hermosura y á la sublimidad de sus cuadros, quisieron tambien ser émulas de la historia, haciendo admirar en sus obras, á un tiempo mismo, la importancia del acontecimiento que recuerdan y el genio del artista: quisieron instruir al mismo tiempo que recrear á la posteridad; y las inscripciones, columnas, estatuas, edificios, cuadros, medallas, sepulcros, obeliscos, pirámides, arcos triunfales &c. &c., todo fué puesto en uso contra el poder asolador de los tiempos, con el fin de mantener siempre viva sobre los acontecimientos pasados la atencion de las generaciones futuras.

¿Quién podria rehusar el asenso á la voz continua de estas magnificas producciones de las artes, que no habrian logrado con todo su poder levantarse y mantenerse, si la realidad de los hechos no hubiese de antemano prevenido en favor suyo la voluntad y la razon de tantos hombres, testigos y jueces de todos los sucesos que estas obras perpetúan? “Pero ademas de esos monumentos voluntarios, hai otros tanto menos accesibles á la sospecha, cuanto que son la obra de la necesidad, y no de la industria. Un célebre acontecimiento ha cambiado no pocas veces las costumbres, las leyes, el gobierno y hasta el idioma de las naciones; y estos efectos, dice el autor citado, que la casualidad no ha podido producir, son otros tantos grados por donde podemos remontarnos hasta su causa; otros tantos testigos mudos que nos instruyen, marchando juntos con la tradicion y la historia para servirles de apoyo. Cuando las victorias de César no se hubieran consignado por escrito, ¿dejarian por esto de estar suficientemente atestiguadas por la revolucion que produjeron? Las costumbres, las artes, las leyes, el gobierno, la religion de los romanos, introducidas en el pueblo vencido, la lengua latina establecida sobre las ruinas de la lengua gaula, el cambio de nombres de las ciudades y los pueblos; los caminos, los acueductos, los templos, los anfiteatros, cuyos restos subsisten todavia, son otros tantos monumentos incontestables de la conquista que les precedió; puesto que jamas estas cosas hubieran existido, si los gaulas no hubiesen quedado exclusivamente sujetos á la dominacion romana.”

Parece increíble que estos imponentes recuerdos de las turbulencias antiguas hayan sufrido fuertes combates; que se hayan avanzado en su temeridad los sofistas, hasta el extremo de pretender algunos confundir en una misma linea los monumentos históricos con los caprichos de fabula. Sin embargo, nunca deja de objetarse que todos estos signos son insuficientes para producir la certidumbre, puesto que tambien la impostura se ha servido de ellos en otros siglos para fijar la creencia popular sobre sus tradiciones fabulosas. ¿Qué responderemos á esto? Lo monumentos, lo mismo que la tradicion y la historia, no son unos objetos aislados que las generaciones han tirado aquí y allá, sin relacion y sin apoyo en el campo de los siglos. Ellos no pueden ser extraños á las ideas, á los usos y costumbres de su tiempo, ni á los antecedentes indispensables de las épocas que les hayan precedido, ni á las revoluciones diversas que sobrevengan en las épocas posteriores. Los monumentos, la tradicion y la historia producen tal enlace en la cronologia de los tiempos, que no les es posible abstraerse á la inspeccion y juicio de la critica. Si los monumentos se remontan pues hasta la fecha de los sucesos que representan, esta época en que habia opiniones diferentes, testigos de todos géneros á millares, y en que se hallaban presentes todos los rangos de la sociedad, es necesario convenir en la existencia de los hechos; y si por otra parte se hallan conformes en todo con la tradicion y la historia, nadie podria sin duda desmentirlos sin rebelarse contra la evidencia misma y traspasar, si así podemos decir, los límites de la temeridad. “El mas antiguo monumento histórico de la Grecia, los mármoles de Arundel, son mil doscientos años posteriores á las épocas que se ha pretendido fijar en ellos: el siglo de los artistas célebresse halla todavia mas distante de la fecha de las fábulas cuya imagen han presentado: el de los dioses y de los héroes precedió largo tiempo al establecimiento de las fiestas y ceremonias de la religion griega; y esto mismo sucedió entre los romanos. *Hai mas:* la mayor parte de estos monumentos se contradecian: colocaban la escena de un suceso fabuloso en cinco ó seis lugares diferentes; cosas que no habrian sucedido ciertamente, si ellos hubieran sido levantados en consecuencia de un acontecimiento real.”

“Si los monumentos, dice un filósofo, no han sido erigidos por los contemporáneos, si celebran algunos hechos poco verosímiles, no prueban otra cosa sino que ha querido consagrarse una opinion popular, y lo demuestra con el

ejemplo de las estatuas, de los templos y de las festividades entre los griegos y romanos.”

“Si pues los monumentos han sido erigidos por los contemporáneos ó por testigos oculares, si celebran hechos que no son imposibles, si no son contradichos por otros monumentos tan auténticos como ellos, prueban invenciblemente la realidad de los hechos que atestiguan.”

“¿Cuál es el efecto de un monumento cualquiera? El mismo que el de la tradicion oral y el del testimonio de la historia: es decir, probar que en el tiempo en que fué erigido era universalmente reputado como cierto y pasaba por constante el hecho que atestigua. Si pues, como ya hemos hecho ver, es imposible que la creencia de un acontecimiento público y notable, pero falso é imaginario, se establezca entre los contemporáneos; lo es por consiguiente, que los contemporáneos erijan un monumento con el fin de perpetuar la memoria de un suceso caprichosamente fingido. ¿No sería exponerse á la irrisión pública el construir un monumento para patentizar un hecho que nadie cree y del que jamás se ha oído hablar? ¿Dónde se ha visto un ejemplo de semejante locura?”

“Sería todavía mas absurdo suponer que un pueblo ha cambiado repentinamente sus leyes, sus costumbres, su creencia y su lenguaje sin ninguna razon y solo á consecuencia de un súbito delirio. Se sabe mui bien cuán grande es la fuerza que adquieren en todas las naciones los hábitos contraídos desde la infancia, y la resistencia que han experimentado los legisladores y conquistadores cuando han querido tocar á los antiguos usos de un pueblo cualquiera. Se necesita una causa poderosa para obrar una revolucion semejante: si es debida pues á un hecho célebre, ella le servirá de testimonio y probará su existencia hasta el fin de los siglos.”

“Resumiré en dos palabras estas reflexiones. Es tan imposible dudar de un hecho que consta por la tradicion oral, por el testimonio de muchos historiadores, por los monumentos, por los efectos que ha producido y llevado al mas alto punto de certidumbre moral, como de una demostracion geométrica. Se ha reputado como pasatiempo el proyecto de un crítico que pretendió probar con razonamientos que la conquista de las Galias por César era una fábula, pues que nunca este romano habia pasado los Alpes.”¹

¹ BERGIER. Ibid.

DEL PENSAMIENTO

Y SU

ENUNCIACION.

TEORICHA PARRON.

CRITERIO.

SECCION SEGUNDA.

Crterio histórico.

LIBRO SEGUNDO.

ORDEN SOBRENATURAL.

En el precedente libro hemos hecho ver que el criterio nos proporciona medios infalibles y seguros para depurar la verdad de los hechos en el órden puramente interior de nuestros pensamientos, en todo el sistema de las sensaciones y en las relaciones diversas que nos unen con los otros seres de nuestra especie. En el órden puramente natural, estos tres puntos abrazan toda la extension de la historia; y bajo este respecto la universalidad del criterio es una verdad evidente.

Pero, ¿sucede lo mismo cuando se trata del órden sobrenatural, de aquellas relaciones misteriosas que median entre Dios y los hombres? ¿el criterio natural puede darnos las mismas garantías en un órden sobrenatural y divino? La filosofia católica se ha encargado siempre de esta grave cuestion, la ha sostenido contra todo linaje de adversarios, y ha salido constantemente victoriosa dándola una solucion afirmativa.